

PARA UNA VIGENCIA ACTUAL DEL TOMISMO

I

1.- *En toda doctrina filosófica cabe distinguir dos aspectos que configuran su valor y vigencia: uno que le viene de su relación con la verdad y otro de su situación histórica.*

El primero está constituido por su acuerdo o desacuerdo con la verdad y, en tal sentido, su valor o no valor es permanente como la verdad que posee o de que está privado.

Hay una verdad absoluta ontológica que se identifica con el ser de las cosas, de la cual proviene la verdad de nuestra inteligencia en cuanto se adecua con ella, al menos bajo algunas de sus facetas. Si tal verdad no existiese, la Filosofía no tendría ningún sentido ni "valdría media hora de pena",- ya que ella o se constituye como un esfuerzo para conquistar la verdad, o deja de ser Filosofía.

Por lo demás, la inteligencia humana tiene que admitir la existencia de esa verdad y de su capacidad para aprehenderla, so pena de no poder pensar ni formular juicio alguno, siquiera para negar o dudar de ambas sin contradecirse, ya que toda negación o duda de tal verdad y capacidad de la inteligencia para captarla se fundan en ellas.

El progreso del conocimiento intelectual de la Filosofía sólo puede hacerse como una creciente conquista -en extensión y profundidad- de la verdad del ser de las cosas o, lo que es lo mismo, como un creciente esclarecimiento, penetración y seguridad en la posesión de la verdad, captada inicialmente de un modo confuso y superficial y a veces sólo de un modo probable.

En lo que no cabe progreso es en la sustitución de una verdad por otra, como pretende el relativismo, máxime en su formulación historicista, al afirmar que una verdad puede ser tal en una época y dejar de serlo en otra. En efecto, si una verdad puede ser verdad sólo en un tiempo y no en otro, dejaría de ser verdad del todo y para siempre. Porque aún las verdades contingentes o de hechos transitorios formulan una verdad que sigue siendo siempre tal. Así, aunque el descubrimiento de América haya sucedido en un determinado momento histórico es siempre verdad que haya sucedido entonces.

2. *-Pero, por otra parte, la vida intelectual, como toda la vida espiritual del hombre, está estrictamente unida y dependiente de su vida sensitivo-material, impregnada de su carácter individual único, que le viene de su cuerpo. En tal sentido la vida intelectual y la*

*aprehensión de la verdad perenne están **implantadas** en un aquí y ahora, encarnadas en las circunstancias históricas y geográficas, en el mundo concreto de cada uno.*

*Frente a un racionalismo, que cree aprehender una verdad descarnada y desarticulada de la situación histórica, tiene razón el historicismo al afirmar la estrecha dependencia que la verdad perenne guarda respecto a las circunstancias de lugar y tiempo del hombre que la aprehende. Porque es evidente que la verdad en Filosofía -como la belleza en el arte- se presenta encarnada en una formulación, en una temática propia de una determinada época y en tal preciso lugar, que podríamos llamar su estilo, y, dentro de éste, con la peculiaridad única del autor que la expresa. Basta leer a Aristóteles, a Santo Tomás, a Kant o a Heidegger y Maritain, para darse cuenta **que** todos estos autores, en busca de una verdad perenne, están dependiendo de los problemas, formulación y de mil otras circunstancias de su tiempo y lugar; y que, por otra parte, las notas concretas con que se encarna la Filosofía del Medioevo o del Renacimiento son manifestaciones de la cultura de su tiempo, como las económicas, las políticas, las estéticas y las religiosas.*

3. - Pero lo que conviene subrayar contra este historicismo relativista es precisamente la perennidad de la verdad a través de su encarnación histórica, transitoria como el tiempo, así como la perennidad de la belleza y del bien a través de la efimeridad de sus encarnaciones artísticas o costumbres de cada época. Y, en tal sentido, la verdad de una Filosofía vale independientemente y por encima de su época: está determinada por su ajuste o conformidad con el ser o verdad objetiva que posee o no.

4. - Sin embargo, para que esta aprehensión más o menos amplia y profunda de los diversos aspectos y planos de la verdad objetiva o trascendente de un sistema filosófico posea actual comprensión, vigor e influencia, es decir, vigencia histórica, debe aplicarse ante todo a la solución de los temas que interesan y acucian a los hombres de una determinada época y región; y es menester además que se encarne en una expresión no sólo verbal o de lenguaje Gramatical sino aún conceptual, en modos o estilo de pensar, propio de cada región o época. De otro modo se corre el riesgo, no infrecuente, de que una Filosofía verdadera esté destituida de vigencia, porque carece de interés y se expresa de un modo inasible para un pueblo en una determinada época.

Si es cierto que una Filosofía no puede valer ni poseer vigencia o vigor ni influencia actual en los hombres de su tiempo si no encierra y expresa en su formulación la verdad

perenne del ser trascendente, también es cierto que para ello debe presentarse en una expresión conceptual y verbal de su tiempo y debe aplicarse a resolver los problemas eternos, pero tales como los experimenta un pueblo en su encrucijada histórica y especialmente en aquellos aspectos nuevos o renovados que hic et nunc le afectan.

II

5.- Se ha dicho con razón que el Tomismo es la Filosofía del ser y de la inteligencia: es un intelectualismo realista o un realismo intelectualista.

Su fuerza le viene de ajustarse a la vez a las exigencias de la realidad o ser trascendente y a las de la actividad cognoscitiva humana, hecha de sensación e intelección íntimamente compenetradas.

La vigorosa articulación de la Filosofía de Santo Tomás en todas sus partes y en su unidad total, sistemática y jerárquicamente ajustada a su vez con la Teología en la Sabiduría cristiana, como lo están la naturaleza y la gracia, que ambas científicamente expresan, no es una construcción artificial a priori, que le viene de la elección antojadiza de ciertos principios o premisas, sino que, por el contrario, es el resultado de la observación y aprehensión cuidadosa de la -realidad trascendente en sus múltiples facetas jerárquicamente unidas, por una parte, y, por otra, de la fidelidad a las exigencias de la actividad cognoscitiva -hecha de sensación e intelección- en sí misma y en sus relaciones con aquélla y en sus aplicaciones que encierra del ser inmanente o del propio hombre. Todo el sistema de Santo Tomás, en cada uno de sus puntos y en su fuerte trabazón lógica, no es sino la expresión intelectual ajustada a los diversos aspectos del ser trascendente y a su articulación ontológica de los mismos.

De ahí brota la fuerza y perennidad del Tomismo. En este punto la Filosofía del Angélico Doctor, como lo ha subrayado Gilson en su magistral libro El Ser y la Esencia, señala el ápice de un esfuerzo filosófico realizado, tamizado y acumulado durante siglos desde la Antigüedad hasta el fin de la Edad Media y que, luego de su realización, comienza a perderse en los caminos múltiples del inmanentismo antropocéntrico de la Filosofía Moderna.

El genio de Santo Tomás consiste en haber centrado la inteligencia humana en su objeto propio, en haber colocado a éste ni más alto -el Ser de Dios, como quiere el racionalismo panteísta inmanentista- ni más bajo -los puros fenómenos, como quieren el empirismo subjetivista- sino en su punto exacto -el ser o esencia abstraída de las cosas materiales- desde donde ha elaborado un sistema filosófico del mundo, del hombre y de Dios, ajustado siempre a las exigencias del ser mismo aprehendido, para desde allí describir -por reflexión crítica sobre

sí- las líneas fundamentales de una gnoseología, que ofrece el alcance preciso del valor trascendente a la inteligencia humana. En otros términos, la Filosofía de Santo Tomás posee un valor perenne por encima de todo tiempo, porque es la Filosofía connatural del hombre, del hombre de todos los tiempos, del hombre de cualquier época que no la ha deformado con sus prejuicios y aberraciones.

6. *-Pero para que el Tomismo conserve y reconquiste su vigencia e influencia rectora sobre el pensamiento actual, es menester que, primeramente, sea repensado y re-creado desde sus principios hasta sus últimas aplicaciones y reencontrado en todo su valor por cada uno de los representantes. El peligro que continuamente acecha a la vida del espíritu y sus valores, también a los sistemas filosóficos, es la rutina de sus fórmulas y raciocinios lógicos, fielmente repetidos pero no aprehendidos en todo su prístino sentido y significación. Es menester aventar las cenizas de las repeticiones rutinarias y alcanzar la brasa de su verdad y fundamentaciones escondidas en toda su fuerza en la llama del pensamiento vivo. Diríamos que cada tomista debería saber cómo redescubrir o recrear el Tomismo desde sus fundamentos, para tomar así conciencia de su valor y alcance, como sí por vez primera en él hubiese sido dado a luz. De este modo recobraría toda su fuerza al poder de convicción.*

7.- *Pero al lado de esa tarea fundamental, sin la cual no hay Filosofía, y en continuación suya, al Tomismo contemporáneo le toca la misión de desarrollar sus principios y conducirlos hasta los problemas que preocupan al hombre y a la sociedad de hoy, en busca de una solución adecuada. Conviene no olvidar que, si el Tomismo es una Filosofía perenne por la verdad ontológica que la nutre, es también una Filosofía siempre inacabada, en continua elaboración, precisamente porque la verdad del ser trascendente es inagotable en sí y en sus incesantes proyecciones, que la misma renovación temática provoca. Todo auténtico tomista debe llevar los principios perennes a nuevos campos de aplicaciones y lograr así nuevas conclusiones, nuevas soluciones para los nuevos problemas o también para los problemas eternos planteados en una nueva faz, de acuerdo a las circunstancias geográficas e históricas en que el hombre se encuentra.*

En tal sentido, si bien es cierto que el Tomismo encarna una filosofía donde no es posible el progreso por sustitución o cambio de sus principios -porque tal progreso implicaría un relativismo contradictorio- tiene sin embargo constantemente abiertas sus puertas a la originalidad de sus representantes, tanto por la formulación personal del re-pensamiento del

sistema, como por su proyección a la nueva temática de su tiempo en busca de sus soluciones. Nadie negará con razón que, fieles a los principios de Santo Tomás, Maritain, Gilson o Fabro -para no citar sino algunos- son filósofos muy de nuestro tiempo, que han re-construido el sistema como de nuevo y lo han aplicado a los temas más acuciantes de nuestra hora con los resultados más fecundos, el primero en lo referente al conocimiento y la historia, el segundo en lo tocante al ser y el conocer, y el tercero en cuanto a participación y los problemas de la existencia. El mejor tomista no es, pues, el que más fielmente repite a Santo Tomás, sino el que más hondamente lo repiensa y conduce a nuevas e insospechadas consecuencias, antes no vistas, porque la temática de ese tiempo no favorece a su extracción.

8.- Finalmente y en un plano menos importante, para que el Tomismo loare vigencia en el mundo actual, es menester que, sin claudicar de su contenido de verdad, ajuste su expresión a la inteligencia y al "climax" del hombre contemporáneo.

El Tomismo posee un gran vigor que, para conservarlo e toda su fuerza y pureza, ha menester de un lenguaje muy técnico y muy preciso. En tal sentido las fórmulas de Santo Tomás son **un** modelo. Sin renunciar a ese rigor de expresión conceptual y verbal, el Tomismo debe buscar adaptarla de la mejor manera a la posibilidad de captación del hombre actual; debe llevar a cabo una labor de **método**, de pedagogía, para que su verdad sea escuchada, aprehendida en todo su valor y no rechazada a priori por los filósofos de su tiempo. Es una tarea muy delicada y difícil, pues se trata de trasvasar el vino siempre nuevo de su verdad, de los odres viejos a los nuevos de expresión conceptual y verbal, sin perder nada de la calidad de aquél.

9.- En íntima relación con la condición anterior, para lograr plena vigencia, el Tomismo de **nuestro** tiempo debe realizar la tarea más ardua y penosa: la de tomar la verdad contenida en las diferentes concepciones filosóficas de nuestro tiempo, despojándola críticamente de sus deformaciones de conceptualización o de sistematización, para asimilarla, ubicarla y conferirle todo su alcance dentro de la amplia estructura sistemática propia. En lo cual no hace sino seguir el camino difícil y fecundo seguido por Santo Tomás en su labor titánica de asimilación de todo lo auténticamente valioso del pensamiento anterior a él. Sabida es la obra única de discernimiento crítico que él ha realizado sobre el pensamiento aristotélico, purificándolo y otorgándole toda su significación en la luz de los propios principios verdaderos de Aristóteles.

A este respecto, lo **primero que** debe hacer el tomista actual es procurar *comprender, con una gran caridad intelectual, lo medular y auténtico de los filósofos actuales. Como la expresión verbal y mental de esta filosofía actual es casi siempre muy diferente de la suya, incluso en algunos casos llega a ser enteramente personal, el tomista debe iniciar su trabajo en una paciente tarea de hermenéutica, de captación del pensamiento que el filósofo actual ha pretendido realmente expresar, muchas veces con fórmulas inadecuadas. Precisamente en un trabajo publicado en esta revista he hecho ver cómo las grandes concepciones filosóficas contienen, por lo común, una verdad, que es punto nuclear de su Filosofía, y que luego casi siempre la han conceptualizado mal. (SAPIENTIA N° 59). Y una vez en posesión de esa Filosofía trasvasada a términos precisos -no como la ha expresado su autor sino como realmente la ha querido expresar- el tomista debe discriminar sus valores, determinar sus hallazgos de verdad, para darles su ubicación precisa dentro de su propio sistema tomista, donde lograrán sin duda toda su significación, que no han logrado en aquél a causa de su falsificada formulación y sistematización.*

Y, finalmente, tarea del tomista es señalar también los errores del sistema estudiado desde su raíz.

Debe hacer una crítica interna señalando la falta de coherencia, cuando la hay. Pero sería un error -hoy bastante difundido- cernirse a ella. Muchas veces, en los sistemas actuales, el error no está tanto en la falta de lógica interna, cuanto en la adopción de principios falsos, o de principios verdaderos pero mal entendidos y formulados. Una obra de discernimiento debe aplicarse también a tales principios en una crítica externa, es decir, realizada desde los principios verdaderos contrapuestos a los falsos. Renunciar a esa crítica externa, sería renunciar a la verdad total y dejar la crítica a medio camino.

10. - *Para tal obra de revitalización del Tomismo se necesitan inteligencias capaces de una grande y firme comprensión del propio sistema y del alma y modos de pensar y expresarse del hombre y del filósofo contemporáneos y, rebosantes de caridad o amor para con éste, capaces de ponerse en contacto con él y llegar a una auténtica comprensión de su pensamiento y de sus preocupaciones e intenciones, a través de una maraña de expresión verbal y conceptual tupida y difícil de atravesar hasta alcanzar su verdadero sentido, para luego hacerle comprensiva también su crítica, su obra de discernimiento de lo verdadero y de lo falso de ese pensamiento, para finalmente transmitirle su perenne mensaje de verdad en un lenguaje capaz de ser entendido y escuchado y dentro del cual pueda reencontrar él lo más hondo y auténtico de su*

propio pensamiento dentro de un sistema verdadero, en el cual su verdad logre toda su significación, como la piedra que encontrara su ubicación en un edificio que la estuviesen como aguardando para colocarla en su exacto lugar dentro de su armónica estructura.

Mons. Dr. Octavio N. Derisi
Universidad Católica Argentina
Santa María de los Buenos Aires